

Mederos Martín, A., Maier Allende, J. y Jiménez Ávila, J. (2023): *La necrópolis orientalizante de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla). Los trabajos de Jorge Bonsor (1886-1911)*. SPAL Monografías Arqueología, L. Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla. 940 pp. ISBN 978-84-472-2518-7

Han tenido que pasar más de 150 años desde su descubrimiento hacia 1869, y 125 desde que Jorge Bonsor iniciara las primeras excavaciones en 1898, que se extenderían hasta 1911, para que vea la luz la monografía que estudia una de las necrópolis protohistóricas más destacadas del mediodía peninsular, la Cruz del Negro. Su importancia la ha situado entre las más citadas, a pesar de su conocimiento limitado, pues solo había sido objeto hasta la fecha de estudios parciales, centrados en algunos de los hallazgos más relevantes, como la cerámica a torno, las fíbulas, algunos broches de cinturón o los marfiles y, más recientemente, en la información documental. Entre 1989 y 1997, ante un nuevo episodio de destrucción, que venía a sumarse al que diera lugar a su descubrimiento, la necrópolis fue objeto de cinco campañas de urgencia de las que se publicaron algunos avances sobre las intervenciones, los análisis antracológicos y los restos zooarqueológicos, así como algunos materiales y enterramientos singulares.

Por lo que se refiere a las excavaciones más antiguas, una parte destacada de las cuales fueron llevadas a cabo por Bonsor, las razones que han dilatado su publicación son diversas, como señala en el prólogo Manuel Bendala. Por un lado, su temprana excavación, entre finales del siglo XIX e inicios del XX, a lo que se añaden las vicisitudes sufridas, con la destrucción de una parte del cementerio por la construcción del ferrocarril Guadajoz-Carmona entre 1869 y 1876, que, no obstante, permitió su descubrimiento y las primeras actuaciones, cuyos materiales fueron recuperados en parte por Bonsor. Por otro, la dispersión de los hallazgos de las excavaciones del arqueólogo anglo-francés entre diferentes instituciones, divididos entre la Hispanic Society of America de Nueva York (HSA), a la que Bonsor vendió entre 1905 y 1908 una parte destacada de los materiales con el objeto de obtener financiación para sus nuevas excavaciones, y la Casa-Museo Jorge Bonsor de Mairena del

Alcor, donde permaneció la mayor parte de la colección. Además, un conjunto de materiales, probablemente relacionado con las primeras intervenciones, fue depositado en el Museo Arqueológico de Sevilla en 1956. Finalmente, los documentos relacionados con los trabajos de Bonsor forman parte del Archivo General de Andalucía, de gran interés pues incluyen, entre otros, los diarios de campo de las campañas de 1900-1905 y los dibujos de las sepulturas.

Todas estas dificultades han sido solventadas con excelentes resultados, aunque con las limitaciones impuestas por la falta de documentación, por ejemplo, de las actuaciones entre 1906 y 1911. El resultado es una monografía, magníficamente editada por la Universidad de Sevilla dentro de la serie Spal Monografías Arqueología, que aborda de forma exhaustiva las excavaciones de Bonsor en la Cruz del Negro, para lo que resultaba imprescindible abordar la publicación integral de toda la documentación disponible, superando así anteriores aproximaciones, siempre parciales. La monografía recoge los trabajos en la necrópolis llevados a cabo por Bonsor entre 1898 y 1911, aunque se hayan tenido en consideración también los materiales y la escasa documentación conservada fruto de las intervenciones previas. Quedan por tanto fuera de este estudio las excavaciones más recientes, llevadas a cabo a finales del pasado siglo, objeto de revisión por parte de un equipo dirigido por Eduardo Ferrer Albelda y actualmente en estudio.

El estudio y publicación de las excavaciones antiguas conservadas en nuestros museos es una tarea ardua y con evidentes limitaciones, lo que no impide que pueda abordarse desde planteamientos actuales, aunque por su aparente falta de rentabilidad se haya preferido la excavación de nuevos yacimientos. Obviamente no se trata de trabajos excluyentes, todo lo contrario. De esta forma, el conocimiento del registro de las manifestaciones funerarias del Hierro Antiguo del Sur peninsular a partir de nuevas excavaciones permite obtener una información de mayor calidad y más completa que la ofrecida por las actuaciones antiguas, parcialmente conocidas al no haberse publicado de forma íntegra, a menudo con una documentación parcial, pudiendo faltar, como en la Cruz del Negro, datos tan esenciales como la

documentación planimétrica con la localización de todas las sepulturas o la contextualización de buena parte del material conservado, aunque su publicación sistemática permitirá complementar la información obtenida en las más recientes, en muchos casos con un menor número de tumbas excavadas.

Si necrópolis como Les Moreres, Setefilla, Medellín o La Angorrilla han proporcionado documentación de gran calidad e información relevante sobre la etapa, la revisión de otras como las de Alcácer de Sal o La Loma de Boliche han ofrecido datos cuya recuperación para la comunidad científica resultan enormemente ilustrativos para entender las prácticas funerarias de las comunidades protohistóricas del mediodía peninsular, entre las que es un claro referente la necrópolis de la Cruz del Negro, que con esta monografía se incorpora a ese afortunado y selecto grupo de cementerios que han merecido el esfuerzo de su reestudio desde la investigación más actual.

El libro se estructura en tres grandes apartados, claramente individualizados, aunque desiguales en su extensión, obra de tres investigadores con una larga trayectoria en el estudio de la Protohistoria del Suroeste peninsular, con destacados trabajos sobre el mundo funerario de la zona. Jorge Maier Allende, reconocido especialista sobre la obra de Bonsor, a quien dedicó su tesis doctoral y sobre el que ha publicado numerosos trabajos, algunos dedicados a la Cruz del Negro, Alfredo Mederos Martín, buen conocedor del mundo fenicio del sur peninsular, y Javier Jiménez Ávila, uno de los principales especialistas en el estudio de los objetos bronceos tartésicos y fenicios. Además, se incluye un conjunto de capítulos, preferentemente de carácter analítico, realizados por diferentes investigadores que complementan los estudios previos.

La primera parte es un extenso y minucioso estudio de los trabajos de Jorge Bonsor en la Cruz del Negro y la evolución historiográfica de la necrópolis, obra de Jorge Maier, que como hemos señalado es un buen conocedor de la obra de Bonsor. Se repasan las actuaciones de Bonsor y los trabajos en el yacimiento anteriores y posteriores, así como la interpretación por parte de la historiografía española e internacional de esta necrópolis que ha sido adscrita a poblaciones libio-fenicias, celto-púnicas,

turdetanas, celtas, tartésicas, en un marco claramente orientalizante y, finalmente, fenicias, en lo que es un repaso por la historia de la investigación sobre la Protohistoria del Suroeste peninsular durante más de un siglo. Maier reivindica la figura de Bonsor y el salto cualitativo que supuso su intervención en el yacimiento frente a los trabajos previos, contextualizando una de las críticas que diferentes autores han hecho a las actuaciones de Bonsor, la venta de una parte destacada de los hallazgos a la HSA, una práctica común por aquella época.

Un segundo bloque está dedicado a las tumbas y los ritos funerarios, con dos capítulos. El firmado por Jorge Maier sobre las campañas de Bonsor, las 3 sepulturas excavadas en 1898 y las 38 del periodo 1900-1905, estas a partir de las libretas de campo conservadas en el Archivo General de Andalucía, que incluyen descripciones, plantas y secciones de las sepulturas, las primeras ya publicadas por Bonsor y las restantes por el propio Maier, pero ahora incorporando las correlaciones con el material conservado, objeto de estudio en los siguientes capítulos. Se incluye el área funeraria de la Cañada de las Cabras, con un total de 9 sepulturas excavadas entre 1899 y 1900, también publicadas previamente, aunque ahora se incorpore información gráfica de los diarios, por considerarla un «sector diferenciado», pues apenas queda separado unos 100 m de la Cruz del Negro, a pesar de que en las conclusiones se insiste en la diferenciación entre ambos grupos.

A continuación, se analizan las tumbas y el ritual funerario por parte de Javier Jiménez Ávila y Alfredo Mederos Martín a partir de la documentación de Bonsor, con una interesante aproximación a la cuantificación de las sepulturas excavadas, unas 300, pero solo 225 con registro, y una estimación de las destruidas, más de 400, lo que la sitúan entre las más extensas del ámbito tartésico. Aunque se incorpora la sectorización actual del cementerio a partir de las nuevas excavaciones, con las zonas destruidas y la zona de protección, se echa en falta, no obstante, un intento de reconstruir y localizar la planta general de la actuación llevada a cabo por Bonsor entre 1900 y 1905 y su correlación con las restantes zonas, toda vez que, como era costumbre en la época, el investigador anglo-francés debía situar cada sepultura

en relación con las localizadas en la zona, como evidencia una de las páginas de la libreta 3 con la situación relativa de las tumbas 7 a 12, reproducida en la página 73, aunque se entiende que, de existir, no se habría conservado para el resto de las sepulturas. A pesar de las limitaciones que presentan este tipo de reconstrucciones planimétrica su interés resulta evidente, como bien ejemplifica la necrópolis de Boliche, excavada por Luis Siret entre 1907 y 1908, donde presentamos la planta de la necrópolis a partir de la relación espacial de cada tumba respecto a las excavadas con anterioridad, contando para uno de los sectores con un croquis del propio Siret, que nos permitió precisar algunas de las localizaciones (Lorrio, ed., 2014: 115-122). Un segundo apartado analiza las tipologías funerarias: cremaciones en hoyo, incorporando la discusión sobre la aparición del ritual incinerador en el península ibérica, cremaciones en fosa o «quemaderos», e inhumaciones. También se analiza la estratigrafía vertical y horizontal, y se discute cómo serían las cubiertas de los diferentes tipos de sepulturas. La Cruz del Negro presenta en lo que a los ritos se refiere una gran complejidad pues junto a algunas sepulturas de inhumación, el rito más extendido fue el de la cremación. Por un lado, en el interior de un hoyo, a menudo dentro de una urna cineraria, lo que implica un diferente espacio para situar la pira y colocar los restos cremados y el ajuar. Por otro, en el interior de fosas, con o sin canal central, que habrían acogido directamente los restos del cadáver tras ser quemado. Se trata de rituales bien documentados en otras necrópolis contemporáneas como la de Medellín, aunque aquí solo se identificó una inhumación mal conservada (86G/Inh 1), además de un cráneo aislado (86G/40) (Almagro-Gorbea *et alii*, 2006: 265, 298, figs. 351 y 417). No obstante, los datos aportados por Bonsor, en forma de dibujos y descripciones plantean una mayor complejidad que desdibuja en parte los límites entre ambas prácticas asociadas al ritual incinerador, como la correlación de los hoyos con espacios quemados que pudieran sugerir que la pira se hubiera localizado en sus inmediaciones, o la presencia en los fondos de las fosas de cremación de urnas cinerarias, con los restos cremados en su interior, a veces incluso dentro de hoyos («lóculos»), que para los

autores sería un rasgo específico de esta necrópolis, por su reiteración, y que necesariamente implicaría la remoción del depósito con el objeto de recuperar los restos de la cremación para colocarlos por lo común dentro de una urna. Se recogen algunos ejemplos de la colocación de los restos cremados dentro de urnas depositadas en el fondo de la fosa, como la tumba 1 de La Angorrilla, aunque a pesar de sus dimensiones no se tratara de un *bustum*, o la 70/12a de la necrópolis de Medellín, en este caso con varias urnas, pudiendo añadir la 86G/8 de este mismo cementerio, aunque aquí la urna no contenía los restos, aunque estaba rodeada de gran cantidad de huesos cremados (Almagro-Gorbea *et alii*, 2006: 271). Por lo que respecta a la presencia de lóculos, los ejemplos recogidos proceden de la necrópolis de La Joya, aunque no pueda descartarse que la construcción de la fosa pudiera haber alterado una tumba en hoyo perteneciente a un momento anterior, como podría haber sido el caso de la sepultura 70/3A de Medellín (Almagro-Gorbea *et alii*, 2006: 58 ss.). Aunque el análisis del tratamiento del cadáver centraliza el estudio del ritual, este debió ser mucho más complejo, aunque por la ausencia de datos, no siempre fáciles de obtener incluso en excavaciones recientes, se convierte por lo común en la forma más frecuente de acceder a su estudio. La complejidad de estas situaciones es bien conocida y cuenta con una extensa bibliografía, recogida por R. Graells en una reciente publicación (2024: 247 ss.), en la que apuesta por el uso de términos griegos, como pira, más próximos al menos cronológicamente con las sociedades protohistóricas a las que se aplica, que los términos latinos *ustrinum* o *bustum*, más habituales. Igualmente se analiza el ajuar funerario, tanto cuantitativamente como por tipos de objetos, con solo unas pocas sepulturas superando los 5 elementos, alcanzando la de mayor «riqueza» los 13 objetos.

El tercer bloque es con diferencia el más extenso y está centrado en el estudio de los materiales, donde destacan las cerámicas elaboradas a torno, como los diferentes tipos de urnas, los platos y cuencos, las lucernas fenicias (Mederos y Maier), los vasos *à chardon*, mayoritariamente realizados a mano, las botellitas de aceite, la cerámica gris, muy escasa, las cerámicas a mano con decoraciones digitadas e incisas

(Mederos y Jiménez Ávila), las ánforas fenicias, los jarros de boca de seta y los quemaperfumes de engobe rojo, las cerámicas a mano pintadas, los objetos de marfil, que incluye un conjunto de especial relevancia, y de hueso, los escarabeos y escaraboides, los huevos de avestruz (Mederos), la orfebrería, los objetos de bronce y de hierro, o los realizados con ambos metales, con un variado conjunto que incluye armas, elementos relacionados con la vestimenta, como broches de cinturón y fíbulas, adornos, como pulseras y anillos, instrumentos de aseo personal, como pinzas y navajas, algunos útiles o las frecuentes charnelas-tirantes que se relacionan con elementos de mobiliario, así como los adornos de pasta vítrea, cornalina y otros materiales (Jiménez Ávila). Además se añaden otros capítulos dedicados a los vasos de alabastro e imitaciones cerámicas documentados en las diferentes colecciones, para los que solo puede proponerse su posible procedencia de la necrópolis (Alfredo Mederos, Javier Jiménez Ávila y Ana Gómez Díaz); a las cerámicas incluidas en el archivo documental de Bonsor —en un interesante capítulo titulado «la sala de los vasos perdidos»— (Jiménez Ávila y Mederos); a los materiales posiblemente procedentes de la necrópolis conservados en la HSA y en la Casa-Museo Bonsor de Mairena del Alcor; y a los objetos romanos incluidos entre los de la Cruz del Negro (Jiménez Ávila). En estos capítulos se analiza de forma exhaustiva el material conservado (y a veces también el ausente), con una estructura que se repite en general en los diferentes capítulos, con una introducción general al tipo, una revisión de los principales contextos en los que aparecen cada una de las categorías de objetos analizados, a la que sigue el estudio de los ejemplares recuperados en la Cruz del Negro y finaliza con un completo catálogo de cada una de las piezas estudiadas.

La cuarta parte incluye los estudios analíticos: los restos humanos incinerados contenidos en nueve urnas de la Cruz del Negro y del Camino de Bencarrón en la Casa-Museo Bonsor de Mairena del Alcor (Victoria Peña Romo), un capítulo que bien podría haberse integrado en la segunda parte del libro, dedicada a las tumbas y los ritos, el análisis espectrométrico de cinco urnas de tipo Cruz del Negro (Michał Krueger), de posible producción local, y el

análisis de composición por XRF de algunos metales de aleación de cobre de la Casa-Museo Bonsor (Ignacio Montero Ruiz), que igualmente podrían haber engrosado la parte dedicada al estudio de los materiales, lo que posiblemente hubiese favorecido que se integraran plenamente con los respectivos capítulos tipológicos. En este sentido, se echa en falta la presencia de referencias cruzadas entre las tablas analíticas de estos dos capítulos y el catálogo de la obra, solo presentes en el correspondiente a las urnas, pues resulta algo complejo identificar las piezas analizadas, sobre todo las metálicas, solo a partir del número de inventario. El apartado termina con un capítulo referido a las cuestiones cronológicas y las dataciones de ^{14}C (Brandherm).

A ello se añaden las conclusiones, donde los autores recopilan la información más destacada incluida en los diferentes capítulos, como el ritual y las características de los ajuares. Se aborda el tema de la cronología, situando el inicio de la necrópolis «en un momento del siglo VIII a. C.», con una buena representación de sepulturas «del siglo VI a. C. hasta el final de la centuria y el inicio de la siguiente», con algunos materiales que «apuntan a una cronología posterior al 550 a. C.», que debería haberse abordado con mayor detalle en un capítulo independiente, juntamente con las dataciones radiocarbónicas. Se discute su adscripción etnocultural, optando por conceptos como el de orientalizante, frente al de tartésico, más ambiguo e impreciso según los autores, y el significado histórico y social, enmarcando su estudio en el contexto de las tumbas tumulares de Carmona, diferentes de una necrópolis «plana» como la Cruz del Negro, de corte esencialmente isónomo.

Como complemento se incluye a modo de recapitulación la cronología de los principales hitos de la necrópolis desde su descubrimiento, en 1869, hasta las aportaciones más recientes, teniendo como fecha límite 2018 (Jiménez Ávila). El volumen concluye con una extensa bibliografía y está ampliamente ilustrado, destacando la documentación original de Bonsor y el material objeto de estudio, una parte todavía en los cartones en los que montaron, reproducido mediante dibujos a línea y fotografías en b/n y color, a lo que se añaden numerosas tablas que ayudan a la mejor comprensión de los diferentes estudios.

Bibliografía

- Almagro-Gorbea, M., Jiménez Ávila, J., Lorrio, A. J., Mederos, A. y Torres, M. (2006): *La necrópolis de Medellín. I. La Excavación y sus hallazgos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 26. Studia Hispano-Phoenicia, 5. Real Academia de la Historia. Madrid.
- Graells i Fabregat, R. (2024): *La necrópolis paleoibérica de Poaig. Reflexiones sobre una arqueología funeraria*. Studia Protohistorica, 1. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante. Alicante.
- Lorrio, A.J. (dir.) (2014): *La necrópolis orientalizante de Boliche (Cuevas del Almanzora)*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 43. Studia Hispano-Phoenicia, 7. Real Academia de la Historia. Madrid.

ALBERTO LORRIO ALVARADO
 Universidad de Alicante
 alberto.lorrio@ua.es

Graells i Fabregat, R. (2024): *La necrópolis paleoibérica de Poaig. Reflexiones sobre una arqueología funeraria*. Studia Protohistorica, 1. Publicacions Universitat d'Alacant: Alicante. 316 p. ISBN 978-84-9717-854-9

La obra que aquí se reseña es la primera de una nueva serie editada por la Universitat d'Alacant bajo el título de Studia Protohistorica. Se trata de una monografía firmada por Raimon Graells i Fabregat sobre la excavación acometida en la necrópolis de Poaig entre 2020 y 2021, contando con la colaboración de todo un equipo transdisciplinar. Si bien el formato monográfico cuenta con una larga tradición, lo cierto es que la deriva editorial presente y las exigencias académicas están condenándolo a un segundo plano. No obstante, las monografías sobre campañas arqueológicas son de vital importancia —como el presente trabajo muestra— ya que suponen fuentes de datos fundamentales para posteriores investigaciones, dando acceso a determinada información que, de otro modo, resultaría realmente complicado consultar. A esto se suma que la necrópolis intervenida pertenece al periodo paleoibérico, arrojando su

excavación importantes datos sobre esta etapa cuyo estudio —ya con una cierta trayectoria con trabajos centrados en determinados yacimientos y comarcas (cf. Maluquer de Motes, 1983; Monforte i Maresma, 1998), pero también materiales (cf. Neumaier, 1996)— continúa en proceso de caracterización y definición.

El trabajo presenta un enfoque holístico que abarca desde la identificación del yacimiento hasta el análisis arqueométrico de determinados materiales. Todo ello pasando por apartados dedicados a la metodología de excavación o a la descripción detallada de los enterramientos. En todo momento queda vigente la transdisciplinariedad del equipo científico y el diálogo existente entre las diferentes partes. El volumen se divide en siete capítulos que el autor, en la «Introducción» (pp. 19-28), agrupa en cuatro grandes partes: 1) notas introductorias; 2) descripción de los trabajos; 3) reflexión teórico-crítica del estudio de las necrópolis paleoibéricas; y 4) análisis histórico-interpretativo. La introducción concluye con una breve exposición del descubrimiento de la necrópolis —lo que condujo a los trabajos que han desembocado en este volumen— firmada por Lorena Luján Edo (pp. 27-29).

El capítulo II, «La excavación» (pp. 29-96), firmado por el propio Raimon Graells i Fabregat y por Pablo Camacho Rodríguez, supone una detallada descripción de las labores acometidas. Se exponen la metodología aplicada y las diferentes fases del trabajo: 1) prospección intensiva; 2) excavación arqueológica; y 3) trabajo de laboratorio. Los dos últimos epígrafes se dedican a la presentación y descripción de las catas abiertas (un total de 7) y de los materiales recuperados durante la prospección que se enumeran en un inventario en el que se incorporan imágenes de alta calidad de las propias piezas.

El capítulo III, «Estudio de la Cultura Material» (pp. 97-158) se divide en dos partes. La primera es obra de Raimon Graells i Fabregat y se dedica al estudio de los materiales recuperados durante la excavación (pp. 99-146), a excepción de los restos óseos que analiza Patxuka de Miguel Ibáñez en la segunda parte (pp. 147-158). La primera parte supone una continuación del apartado de inventariado anterior, si bien se centra en los diferentes tipos de materiales (un total de 23), incorporando imágenes a la par que